

hijo, en inolvidable retrato— a lo elegante, a lo delicado, según un Goya insuperable y único. A Ramón Satué, por el contrario, lo había logrado de una pieza, ceñido, firmísimo, dispuesto a conseguir otro de sus retratos impresionantes, tremendos, sin parigual.

No hace falta pecar de espectacularismo para concluir un retrato en las orillas de lo convincente. Tal retratista no sólo tiene que descifrar de una manera absoluta la personalidad de su retratado, sino convencer más tarde al mismo y a quienes la contemplan de su importancia esencial. Las gentes no se dan cuenta de que cuando un artista retrata, elige a una persona, la aísla del mundo y la levanta en su silencio a planos arquetípicos. Los visitantes de la pintura no entienden que un hombre retratado es un hombre elegido, un hombre aislado en su importancia, florecido en cierta manera por la atención del pintor. Ahora bien; una vez elegido el modelo por el retratista, puede ocurrir que el mismo lo deifique, lo sintetice o nos lo entregue cara a cara. Goya, que ha pintado retratos prodigiosos, ha hecho de todo, y si el "Silvela" del Prado, por ejemplo, es muestra de un retrato entendido a lo sintético, la "Chinchón" tiene algo de retrato divinizado, y este "Satué" es para nosotros modelo de la tercera manera de hacer. Estamos ante un retrato entendido "cara a cara". Desde cómo está plantado hasta cómo se encuentra colorido, Goya no ha hecho otra cosa en este lienzo que entender por las buenas, directamente, abiertamente, a esa especie de antagonista misterioso que el retratado suele ser. Las dos virtudes ideales de Satué, la firmeza, por un lado, y ese desdén poderoso de los hombres seguros, actúan de ordenadas en la obra prodigiosa. Si una personalidad necesita casi siempre para ser entendida unas referencias esenciales, aquí se nos dan con agobiadora robustez. Goya no buscó la virtud esencial de su retratado, y cuajó en ella, como quien las embucha, todas aquellas otras secundarias, pero importantísimas, que tejen la personalidad del individuo.

Goya quiso en este retrato, como en muy pocos otros, entenderse totalmente, abiertamente, en la sana nobleza de su retratado. Y nos contó la misma, no con pelos y señales, sino en uno de sus retratos más densos, más colmados, y al mismo tiempo planteado con arreglo a procedimientos sencillos y nada aparatosos.

Lo que más nos importa de esta obra es la justeza con que la fuerza se plantea, sin alardes molestos. Ser fuerte en la vida y en el arte suele normalmente ser excesivo, cosa que aquí se ha evitado de una manera radical. En el "Ramón Satué" de Goya nada sobra ni nada falta. En este retrato del alcalde, un respeto nobilísimo, tratando de comprender en el mismo plano a la vida ajena, a la vida propuesta, ha conseguido entregarnos resultados impresionantes, totales, poco necesitados del gesto grandilocuente o del desmán. ¡Sólo los que pintan saben lo difícil que es entender la vida cara a cara! ¡Sólo los artistas convendrán con nosotros en que semejante retrato consigue el prodigio de su evidencia, con algo casi superior a la lealtad y a la honestidad! Francisco de Goya ve la vida aquí, reverenciándola en su colmo. Y este retrato macizo, sencillo, ponderado y de una grandiosidad inefable, nos invita a comprender a un hombre, con un respeto gigantesco, con una entrega de lo menos servil de este mundo, con una dedicación que tiene algo —es curioso— de profunda libertad...

Nos vale este retrato para desechar todos los de su tiempo y posteriores, pertenecientes a ese género que a las gentes resulta maravilloso "porque parece como si se saliera". Pocas obras habrá pintado Goya de una vigencia más impresionante y pocas, sin embargo, estarán más enquistadas en ese espacio milagroso del retrato, compuesto de silencio y soledad. Lo que es difícil —aunque parezca una perogrullada— es presidir con plenitud de derechos ese espacio ideal que el retrato enmarca. Lo que resulta a un retratista más que complicado es llenar un lienzo con una figura en profundidad y totali-